

Oscar V. Milosz

# Miguel Mañara

EDICIÓN  
COMENTADA

Franco Nembrini



 EN  
CUEN  
TRO

100XUNO

Miguel Mañara



100XUNO



Oscar V. Milosz y Franco Nembrini

# Miguel Mañara

Edición comentada

Traducción de Ricardo Sánchez Buendía

Corrección y adaptación a la edición española

de Carmen Giussani



Título original: *Miguel Mañara commentato da Franco Nembrini*

© Edición original: Centocanti S.R.L. Bergamo, 2014

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2019

© De la traducción: Ricardo Sánchez Buendía

© Imagen de cubierta: Gabriele Dell'Otto, 2014

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 60

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-9055-996-3

ISBN: 978-84-9055-982-6

Depósito Legal: M-27182-2019

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa

y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

## ÍNDICE

Nota de lectura .....	7
¡Ay!, ¿Cómo colmar este abismo de la vida?.....	11
¿Por qué no he descubierto antes que tenía un corazón bueno?	41
Ahora sabemos que Él es el Hijo del Dios vivo .....	71
¿Qué buscáis aquí? .....	97
Levántate y anda.....	137
Solo Él es.....	145
Miguel Mañana. Misterio en seis cuadros	
<i>Primer cuadro</i> .....	171
<i>Segundo cuadro</i> .....	179
<i>Tercer cuadro</i> .....	185
<i>Cuarto cuadro</i> .....	191
<i>Quinto cuadro</i> .....	199
<i>Sexto cuadro</i> .....	205
Breve nota biográfica sobre el personaje histórico del venerable don Miguel Mañara Vicentelo de Leca.....	213



## NOTA DE LECTURA

Podría tomar prestadas las palabras de Hermann el inválido, el santo monje del siglo XI, que en el prefacio de uno de sus textos sobre los astrolabios escribió: «Hermann, el último de los pobres de Cristo y de los filósofos aficionados, discípulo más torpe que un asno o que una babosa... decidió, movido por el ruego de muchos amigos escribir este tratado...»<sup>1</sup>.

Mi situación no es distinta. ¿Con qué valor yo, el último en llegar, profesor de provincias, me atrevo a comentar una obra que tantos, mucho más autorizados que yo, ya han comentado en numerosas ocasiones?

Son dos los factores que me animan a acometer esta empresa que, a primera vista, parece presuntuosa. El primero es la larga frecuentación, de más de cuarenta años, de este texto. Lo escuché explicado por don Luigi Giussani las primeras veces, cuando con dieciséis años me fascinó la experiencia que en ese momento en Italia se llamaba *Gioventù Studentesca* y que pasaría a ser más tarde Comunion y Liberación. Empecé a leerlo en mis clases de religión cuando me convertí en profesor de instituto en el año 1976, y fue una cita fija durante las vacaciones y encuentros de GS de Bérgamo en los siguientes años.

En tiempos más recientes, he vuelto a leerlo a los alumnos de *La Traccia*, el colegio del que soy director, y me he dado cuenta de que,

---

<sup>1</sup> Cit. en Cyril Martindale, *Los santos*, Encuentro, Madrid 2009, p. 56.

hoy como entonces, habla al corazón de todos, quizás porque los chicos de hoy en día no son tan distintos, en el fondo, de aquellos de hace cuarenta años, y solo esperan a alguien que les revelen a ellos mismos, como dice don Miguel en un pasaje clave de la obra: «Ah, ¿por qué no he descubierto antes que tenía un corazón bueno?».

Las lecturas realizadas en *La Traccia* han tenido cierta relevancia y hermanos y amigos mayores, ya fuera del colegio, me pidieron «¿y nosotros qué?». Así nació un ciclo de seis encuentros<sup>2</sup>, uno por cada uno de los seis cuadros de la obra de Milosz. Alguien grabó estos encuentros, otros transcribieron las grabaciones, otros se tomaron la molestia de limpiar el texto para editarlo, muchos insistieron en que lo publicase (amenazándome en caso contrario con hacer circular las burdas transcripciones repletas de expresiones dialectales, frases dejadas a medias y fórmulas que diría poco urbanas...). Al final, le presenté el borrador a algunos amigos más sabios y cultos que yo, y ellos me dijeron que podía valer la pena publicarlo —he aquí el segundo elemento que me ha animado—, así que me decidí a hacerlo.

Con la esperanza y el deseo de que pueda ayudar a alguien —pienso sobre todo en los chicos, pero no solo en ellos, porque el corazón del hombre es el mismo tanto a los veinte como a los cincuenta años, aunque a mi edad quizás es más fácil enterrarlo bajo un cúmulo de vanidad y cinismo— a descubrir o redescubrir que la vida es de verdad «un deseo de abrazar las infinitas posibilidades». Y que un encuentro afectivamente significativo —la mujer para el hombre, el hombre para la mujer, la Iglesia en cuanto que compañía vocacional, en sus distintas formas— es la ocasión y la circunstancia, el signo, mediante el cual este deseo puede ser abrazado por el Único capaz de iluminar y satisfacer dicho deseo infinito de manera adecuada.

Con una observación final. Entre un encuentro y otro, un amigo me envió estas líneas:

---

<sup>2</sup> Los encuentros se desarrollaron en 2014 en el centro cultural *Rosetum* de Milán.

Durante la cena nos preguntaste qué pensábamos sobre el encuentro y cómo organizar la última sesión. Yo intervine diciendo que dada la belleza del trabajo que estamos haciendo juntos, tenía miedo de extraviar por el camino tanta riqueza; entonces te pedí ayuda para no ocurriera. *A posteriori*, creo que fue una tontería, pero me alegro de haber sacado el tema, porque te brindó la oportunidad de remarcar algo importante que está en el texto mismo del *Miguel Mañara*. Cuando Miguel va a ver al abad, este en un momento dado del diálogo le dice: «No te dediques a inventar oraciones», lo cual, si he entendido bien, quiere decir algo así: ya está todo lo que necesitas; no debes inventarte nada, sino solo seguir Aquel que ha sabido alcanzarte. Esto vale también para nosotros: el trabajo sobre *Miguel Mañara*, como todo lo que nos ocurre, es la ocasión para considerar con una conciencia más profunda la propuesta que es el cristianismo. Por eso nos ayuda a ver cuán grande es una mirada cristiana, por lo tanto verdaderamente humana, sobre la vida.

En definitiva, este amigo me pedía que siguiéramos viéndonos, ya sea para releer el *Miguel Mañara* o para afrontar algún otro tema. Pero yo me negué en rotundo, porque el signo de que el trabajo que os propongo es útil es que os lanza a asumir vuestras circunstancias para aprender en la experiencia lo que el Señor os tiene preparado.

Franco Nembrini



## ¡AY!, ¿CÓMO COLMAR ESTE ABISMO DE LA VIDA?

### *Primer cuadro*

Es realmente una tarea ardua para mí leer en público este texto, porque el *Miguel Mañara* es el libro que, junto con las obras de Dante, tengo en mi mesilla de noche desde hace una vida. Tanto es así que, si me dijese que acabaría en una isla desierta y solo puedo llevarme dos libros, el primero sería sin duda la *Divina Comedia*, pero como segunda opción me vería en apuros a la hora de elegir entre la *Biblia* y el *Miguel Mañara*. Al final, elegiría la *Biblia*, pero quizás solo porque el que nos ocupa me lo sé de memoria, y podría rescribirlo sin problemas. Y dado que es una lectura que me ha acompañado a lo largo de toda mi vida, cada palabra para mí se ha hecho literalmente carne, lágrimas y sangre. Así que me cuesta mucho hablar sobre ello, porque supone poner delante de vosotros todo lo que soy, poner al descubierto toda la trama de relaciones, acontecimientos y experiencias que me han ido conformando.

Por eso, os pido que afrontéis esta labor que empieza hoy con la misma valentía que me exige a mí proponérsela. Porque este es realmente un texto que, si uno no es de piedra, no le deja como antes; no saldremos de aquí igual que cuando entramos. Para ello es preciso tener una gran apertura, una verdadera disponibilidad, ganas de entender, una curiosidad viva y, sobre todo, ternura por uno mismo. Esto es, una profunda ternura por uno mismo es lo que necesitamos para abordar una tarea como esta.

En primer lugar, ¿qué clase de obra es el *Miguel Mañara*? Es un texto teatral del escritor lituano Oscar Vladislav Milosz que, tomando pretexto de la historia de don Miguel Mañara Vicentelo de Leca, noble español que vivió en Sevilla en el siglo XVI<sup>1</sup>, la «contamina» de alguna manera con la figura de don Juan, uno de los arquetipos más célebres de toda la literatura europea<sup>2</sup>. Es una obra teatral, más bien breve, creada para ser interpretada en un par de horas. Bastaría una velada para leerlo entero, pero estoy encantado de repartir su lectura en seis encuentros para poder disfrutarlo con calma, explorando una serie de nexos de esta obra con otros autores para mí muy queridos, por ejemplo, Leopardi y Dante...

Seis encuentros, uno por cada uno de los seis cuadros que componen la obra. Seis cuadros que recorren la historia de una conversión, seis etapas de la vida particular de don Miguel, aunque su drama es el mismo que cada uno de nosotros, por el mismo hecho de vivir, debe afrontar cada día. Lo que quiero decir es que uno, después de haber leído el libro, no queda con un amigo y le pregunta: «¿Por dónde andas tú? ¿En qué punto estás? Yo, más o menos, he superado el primero; ya queda atrás el primer cuadro; he armado muchos líos, pero ahora he sentado cabeza, tengo novia y ya voy por el segundo cuadro...». «Pues yo voy por delante. Me he casado, mi mujer aún no ha muerto, pero vamos a ver quién de los dos muere primero...». No, no funciona así.

El pasaje que vamos a leer representa algo que se juega a diario, porque para un cristiano la vida es un recorrido que se juega momento por momento. Toda la intensidad de nuestra pregunta humana, la

---

<sup>1</sup> Para una nota breve biográfica sobre don Miguel Mañara Vicentelo de Leca ver p. 213.

<sup>2</sup> El personaje de don Juan aparece por primera vez en la obra de Tirso de Molina *El burlador de Sevilla y el convidado de piedra* de 1630, después vuelto a proponer por numerosos autores entre los cuales —solo por citar a los más notorios— Molière, Goldoni, Byron, Pushkin, Zorrilla y Unamuno. Su realización más famosa es quizás la ópera lírica *Il dissoluto punito, ossia il Don Giovanni*, de Mozart, con libreto de Da Ponte.

intensidad dramática de la existencia y las preguntas que surgen de los infortunios de la vida, de las heridas de la vida, de nuestros errores y pecados, en fin, de todo el mal y de todo el bien que tenemos delante, acrecienta la súplica a Cristo: «¡Sálvame!». Nuestra vida necesita ser salvada momento por momento, tiene que ser rescatada del sepulcro, debe abrirse una y otra vez ante el presentimiento del bien, debe ir aclarándose dentro de una relación misteriosa para gozar de la belleza y de la santidad posibles en esta vida. La vida cristiana tiene que responder a su fin último y esto se juega en cada instante, día tras día.

Es cierto que cada cual puede ver reflejada con mayor intensidad su historia personal en una u otra de estas páginas, porque una obra responde a las preguntas que le hacemos; y las preguntas que yo hago con cincuenta y nueve años no serán las mismas que las de un adolescente o un joven. Cada uno reescribe de alguna manera este texto con su propia vida. Este es el prodigio, la magia, el descubrimiento que acontece con cada obra de arte que sea verdadera, que diga algo verdadero: de algún modo, siempre la reescribimos con nuestra vida y nuestras palabras. Lo cual no quiere decir que en un momento dado las cuestiones que se plantean en el primer cuadro estén resueltas de una vez por todas; que se queden atrás, porque uno se encuentra en una circunstancia similar a las del segundo o tercer cuadro. En distinta forma y medida, todas estas cuestiones nos acompañan a lo largo de nuestra vida, todas nos piden que decidamos de nuevo, día tras día.

Aclarado esto, quiero introducir la lectura del primer cuadro del *Miguel Mañara* con una poesía de Leopardi. Se titula *Al conde Carlo Pepoli*<sup>3</sup> y, normalmente, no aparece en las antologías escolásticas italianas. Si alguien no tiene una edición completa de los *Cantos* de Leopardi, normalmente, no la encuentra. Sin embargo, yo empiezo mis clases en el colegio partiendo siempre de allí; antes de hablar de Leopardi, leo esta poesía suya; después empezamos a ver quién es

---

<sup>3</sup> G. Leopardi, «Al conde Carlo Pepoli», en *Cantos* (edición bilingüe de María de las Nieves Muñiz Muñiz), Cátedra, Madrid 1998, pp. 294-303.

Leopardi y por qué escribe lo que escribe. He pensado que también puede ser útil leerla esta noche porque creo que nos puede ayudar, porque el lenguaje de Milosz es complejo, utiliza imágenes y metáforas que es necesario saber interpretar, mientras que aquí Leopardi expresa de una manera muy clara, lúcida y detallada, la misma cuestión que aparece en el primer cuadro del *Miguel Mañara*. El drama es el mismo y la pregunta que se plantea la misma. Pero mirarlos desde el punto de vista de la compostura del lirismo de Leopardi ayuda mucho a entrar más tarde en el lenguaje de Milosz, tan lleno de imágenes y de efectos teatrales.

En este poema Leopardi plantea en términos absolutamente claros una pregunta: amigo mío, «¿en qué esperanzas vas sustentando tu corazón?». El autor la escribe con ocasión del cumpleaños de un amigo. Leopardi acude a la fiesta —en el primer cuadro, Miguel, el protagonista, celebra su fiesta de cumpleaños— llevando consigo como regalo este poema epistolar, con el que se dirige al amigo en estos términos:

*Este afanoso y trabajado sueño  
que nosotros llamamos vida, ¿cómo lo soportas  
Pepoli mío? ¿De qué esperanzas el corazón  
vas sustentando?*

Amigo mío, ¿qué es lo que de verdad te mantiene vivo? ¿Cómo puedes llevar el peso de la vida y del tiempo que pasa? «¿Cómo se puede vivir de verdad?», podríamos decir con una expresión sintética de don Giussani, que tantas veces nos ha recordado<sup>4</sup> Julián Carrón en estos tiempos.

*¿En qué pensamientos, en qué obras  
o agradables o molestas ocupas*

---

<sup>4</sup> «El gran problema del mundo de hoy no es una teorización interrogativa sino una pregunta existencial. No: ‘¿Quién tiene razón?’, sino: ‘¿Cómo se puede vivir?’», en L. Giussani, Nota al Consejo Internacional de Comunión y Liberación, agosto 1991.

*el ocio que te dejaron los abuelos remotos,  
grave y fatigosa herencia?*

¿Cómo aprovechas el tiempo tu vida? Este importante y fatigoso legado que tus padres te han dejado en herencia, el tiempo de tu vida, ¿cómo lo ocupas? ¿Con qué tareas, ya sean «*agradables o molestas*», lo llenas? ¿Qué haces todo el día? Porque

*Es toda,  
en cualquier estado humano, ocio la vida,  
si aquel obrar, aquel afanarse que a digno  
objeto no conduce, o que a lo pretendido  
llegar no puede nunca, bien merece  
llamarse ocio.*

Si es justo llamar ocioso al tiempo cuando carece de un ideal o tiene un ideal inalcanzable; si es justo llamar «ocio» a nuestro afán cotidiano cuando carece de un objetivo; si el tiempo es ocioso cuando no tiene un ideal y todo nuestro quehacer cotidiano es incapaz de alcanzar su objetivo —y en este sentido es tiempo desperdiciado, tiempo perdido, tiempo inútil—, entonces la vida «*es toda, en cualquier estado humano, ocio*».

Después Leopardi explica que

*La hueste laboriosa  
que cavar tierra o cuidar grey y plantas  
ve la aurora apacible y ve el ocaso,  
si ociosa la llamaras, pues su vida  
es por salvar la vida, y en sí misma  
la vida para el hombre nada vale,  
hablarás con verdad.*

En este sentido, si llamásemos ociosa la jornada de los campesinos que trabajan de sol a sol, diríamos bien porque su vida es un ir tirando, sin una meta más allá del pasar de los días.

A continuación, enumera una serie de trabajos en los que uno emplea verdaderamente toda su energía, su tiempo, sus fatigas y sudores; pero todo es inútil.

*Noches y días*

*pasa en ocio el marino; ocio el perenne*

*sudar [del obrero] en el taller, ocio las guardias*

*son del guerrero [del soldado], el peligrar del arma;*

*y el mercader avaro en ocio vive:*

*pues nunca para sí ni para otro*

*la bella dicha que solo anhela [este «solo» es gigantesco]*

*la natura mortal, nadie consigue*

*por desvelo o sudor, guardia o peligro.*

¿Por qué me atrevo a decir que la humanidad desperdicia su tiempo en cualquiera de sus ocupaciones? Porque «nadie» con su cansancio, con el sudor de su frente, con sus desvelos y peligros consigue «*ni para sí ni para otro* [ni siquiera para tu mujer o para tus hijos, tampoco para tus amigos] *la bella dicha*»: nuestro único, «solo», verdadero ideal. La naturaleza mortal tiende solo a «*la bella dicha*», a la felicidad.

*Mas al crudo deseo con que siempre*

*desde que el mundo existe a los mortales*

*suspirar por la dicha en vano hizo,*

Repite el concepto, lo corrobora, porque este es el punto candente de la experiencia humana: desde siempre, desde que empezó a existir, el hombre añora ser dichoso, anhela la beatitud, la felicidad, pero todo esfuerzo por conseguirla es vano. Desea inútilmente. Más adelante, encontraremos otras correspondencias decisivas. Por ahora,

solo señalo la expresión que aquí emplea Leopardi «*esser beati*» (ser dichosos), que nos remite a la *Beatrice* de Dante; porque esto es lo que la mujer tendría que ser para el hombre, la posibilidad de ser beato, de ser dichoso. De esta manera, ya introducimos el tema del texto que nos ocupa. Por eso,

*De medicina preparado había  
en la vida infeliz naturaleza  
necesidades varias, que de acciones  
e ideas precisaran, y así lleno,  
pues gozoso no puede, el día fuese  
para la estirpe humana, y agitado  
y confuso el deseo, el pecho menos  
oprimir le pudiera. [...]*

Irónicamente dice: por suerte la naturaleza, ha preparado como una especie de medicina para esta enfermedad «*necesidades varias*» (abrigarse, comer, cobijarse, dormir, ocuparse de los hijos, ganar un sueldo, ir de vacaciones...) a las que tenemos que atender y que precisan de nuestros brazos y de nuestra mente —«*que de acciones e ideas precisaran*»—, de nuestra preocupación, trabajo y cansancio; de manera que, ya que no puede ser feliz, la jornada transcurra al menos ocupada en los quehaceres, que son «*medicina*» para nuestra infelicidad. Pero, en cierto sentido, todo este afanarse es una traición al único y verdadero deseo que llevamos dentro. Así que —¡esto es un pasaje simplemente maravilloso!— «*confuso el deseo*», una vez confundidos acerca de nuestro verdadero deseo, perdidos en atender a las distintas necesidades que la naturaleza nos impone, extraviamos el alcance del único deseo verdadero que tenemos y paliamos nuestro sufrimiento.

Por tanto, Leopardi se dirige a su amigo conde, un señorito que ni siquiera necesita trabajar para comer, y le dice:

*Mas los que nuestra vida a mano ajena  
atender confiamos, más gravosa  
necesidad que atender nadie puede  
salvo nosotros, no sin tedio o pena  
cumplir debemos:*

Pero nosotros que confiamos a otros la necesidad de atender a las urgencias materiales, nosotros sabemos bien de qué se trata:

*necesidad, digo,  
de consumir la vida: ímproba, invicta  
necesidad, de la que ni tesoros,  
ni copioso ganado, o pingües campos,*

La necesidad de «*consumir la vida*», de encontrar algo con lo que llenar el tiempo que pasa. Necesidad «*ímproba, invicta*», porque en el fondo no hay nada que colme la falta de sentido que amarga nuestros días; «*ni copioso ganado, o pingües campos*»: no será la riqueza, la cuenta corriente, lo que posees, lo que llenará ese vacío.

*ni el aula puede, ni purpúreo manto  
librar a los humanos.*

Ni la cultura («*el aula*»), ni el poder («*purpúreo manto*») pueden librarnos de esta necesidad.

Y llegamos al corazón de la argumentación de Leopardi, a los versos que nos centran de lleno en el tema del primer cuadro de Milosz. Habla de los jóvenes, en particular, y dice así:

*de ademanos y andar [el baile, la discoteca] y en vano estudio  
de coches y de caballos [ahora la moto, el coche...], de repletas  
salas [buena compañía] y parques [los jardines, donde se «paseaba»  
con las chicas], y ruidosas plazas,  
juegos y cenas y envidiados bailes*

*noche y día transcurre; y de sus labios  
la risa no se aparta;*

Habla tanto de los jóvenes de ayer como de los de hoy, satisfechos, siempre riéndose, siempre corriendo de una diversión a otra. Pero no sirve de nada:

*¡ay!, en su pecho,  
el hondo pecho, grave, firme, inmóvil  
como columna adamantina, se asienta  
tedio inmortal, contra el que nada puede  
vigor de juventud,*

Aunque tengáis veinte años, seáis jóvenes, guapos y fuertes, el problema no cambia ni un ápice. También en vuestro corazón, en lo más hondo [en el «*hondo pecho*», quiere decir, en lo íntimo, en la entraña del corazón], firme «*como columna adamantina*» [como una columna de diamante, el material más duro que existe], «*se asienta tedio inmortal*». Es una imagen tan rotunda, tan fuerte, que parece ver al tedio personificado, sentado en un trono en lo más hondo del corazón de cada uno. «*Contra el que nada puede vigor de juventud*»: contra él nada puede la actividad febril de la juventud, siempre corriendo de acá para allá, de una diversión a otra.

Acto seguido viene la gran y terrible afirmación que intentaremos comprender en toda la historia de *Miguel Mañara*:

*y no lo mueve  
dulce palabra de rosado labio,  
ni la mirada tierna, estremecida,  
de dos negras pupilas, la mirada,  
lo más digno del cielo entre mortales.*

Ciertamente, la experiencia amorosa es la más digna del cielo porque nada nos hace más semejantes a Dios que el amor. Pero ni siquiera

la mujer más excelsa, la más hermosa de la tierra, constituye el objeto adecuado al deseo humano. La mujer suscita en el hombre una nostalgia por algo más grande que ella; la belleza de la mujer remite a algo que está más allá. Su gracia, el atractivo que nace de ella es un signo: suscita y enciende el deseo, pero no es suficiente para cumplirlo. «*Quid animo satis?*». ¿Qué puede colmar de verdad el corazón humano? Por eso —prosigue Leopardi— muchos van dando vueltas por el mundo con la esperanza de que, cambiando las circunstancias, las cosas puedan cambiar; pensando que se deba a ciertas circunstancias el tedio, la melancolía, el dolor que la vida conlleva. Bastaría, por tanto, cambiar de circunstancias y el dolor se resolvería. Cambio de trabajo, cambio de país, cambio de mujer, me doy vueltas por el mundo y el problema estaría resuelto.

Sin embargo, ese tedio lo llevas clavado dentro y te lo llevas a todas partes; vayas a donde vayas, se sienta en la proa de tu barco y te asalta, te persigue:

*Ay, más se asienta  
la negra cuita en la alta proa, y bajo  
cualquier clima, cualquier cielo, clama en vano  
felicidad, mientras reina en él tristeza.*

Después, habla de los que creen resolver el problema de su condición humana con la violencia (estos versos también los saltamos) y al final, en una estrofa espectacular, dice:

*Mil veces más  
afortunado aquel que la pasajera  
virtud del caro imaginar no pierde  
con el correr de los años; al que eterna  
la juventud del alma otorgó el hado;*

¿Qué desea el poeta para su amigo, al que quiere? ¿Cuál es el mejor augurio que brota de esta situación contradictoria, de este grito? Leopardi dice: dicho esto, ¿quién será afortunado en la vida? ¡Aquel que

consiga conservar este grito, este anhelo, esta esperanza, esta «*eterna juventud del alma*»! Porque «la juventud es una actitud del alma», como aprendí hace años de don Giussani: «Se es joven cuando uno no se acomoda, sino que está en tensión frente a la realidad, con avidez por aprender lo que esta nos sugiere sobre nuestro destino, de forma que la realidad suscite las preguntas que constituyen el corazón del hombre y que son reflejo del destino en nosotros y esperan ‘una respuesta que afecta a toda la vida’. Si la juventud es la acumulación progresiva de todo lo que es verdadero, bueno y bello, entonces [...] no termina nunca»<sup>5</sup>. Leopardi le desea al amigo no perder «*la virtud del caro imaginar*»: los sueños, o mejor, la esperanza de encontrar una respuesta a ese deseo, de no terminar como tantos que a una edad se convierten en cínicos, que creen que estas cosas son ilusiones de jóvenes, que de mayor hay que ocuparse de cosas más serias, ganar dinero, hacer carrera...

*que en la edad inmóvil y cansada,  
al igual que solía en la verde edad,  
en su honda mente la natura embellece  
la muerte y da vida el desierto. A ti  
te otorgue tanta ventura el cielo [...]*

Quien conserva este grito a lo largo de su vida, quien de adulto, de mayor, consigue vivir a la altura de su deseo como solía hacer cuando era joven, este ve revivir el desierto de su vida, de él se ha de decir que ha vivido humanamente. ¡Qué sentido de la amistad hay que tener para formular este augurio: «Amigo mío, ¿de qué esperanzas vas sustentando tu corazón?».

Miguel también celebra su cumpleaños con unos «amigos». Yo os deseo que tengáis un amigo como Leopardi y no como los amigos de Mañara. Ahora veremos de qué tipo de amistad se trata.

---

<sup>5</sup> L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, Ediciones Encuentro, Madrid 1996, p. 13.